

3ª SESIÓN - C: SERMÓN DE LA MONTAÑA (MT 5-7)

EL PADRE NUESTRO (MT 6,9-13)



INTRODUCCIÓN

Estimados lectores, amigos de la Biblia.

Os presento hoy un comentario extraído del Papa Benedicto XVI con algunas aportaciones propias, sobre el Padrenuestro, seguramente la oración que muchos de nosotros antes aprendimos y más veces hemos repetido, pero en la que es probable que no nos hayamos detenido para profundizar en ella suficientemente.

El Padre nuestro es parte del Sermón de la Montaña. Nos detenemos en él por ser una oración enormemente densa que va a lo esencial de Dios y de nosotros mismos, donde cada expresión tiene

¹ *Se puede encontrar el texto completo en: JOSEPH RATZINGER - BENEDICTO XVI, Jesús de Nazaret 1ª Parte: Desde el Bautismo a la Transfiguración, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007, p. 161-205.*

una hondura inmensa, por lo que conviene prestarle mucha atención.

El tema tiene dos partes: el comentario de Benedicto XVI, al que nos hemos referido, y un anexo titulado: "Última petición del Padrenuestro: "LÍBRANOS DEL MAL". ÚLTIMA PETICIÓN DEL PADRENUESTRO, HECHA DESDE DISTINTAS SITUACIONES CREYENTES (MT 6,13B), que concreta y refleja esta invocación en la vida ordinaria.

Pedimos al Espíritu santo que abra nuestro espíritu a nuevos horizontes: los suyos. Comenzamos

EL PADRE NUESTRO (MT 6,9-13)

TÉXTO BÍBLICO	ACTUALIZACIÓN
<i>Padre nuestro, que estás en el cielo.</i>	<i>Padre nuestro, creador de todas las cosas, es tu hora, la de tu señorío salvador.</i>
<i>Santificado sea tu nombre.</i>	<i>Manifiesta al mundo quién eres, Padre, el que viene a cumplir sus promesas.</i>
<i>Venga a nosotros tu Reino.</i>	<i>Dios misericordioso y fiel ven a establecer aquí tu Reino de paz, justicia y santidad.</i>
<i>Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.</i>	<i>Danos, Padre, tu Espíritu que nos enseñe a ser testigos y a hacer en todo tu voluntad, para que sea, aquí, en la tierra, como es en el cielo.</i>
<i>Danos hoy nuestro pan de cada día.</i>	<i>Padre providente, tú conoces nuestras necesidades y los deseos de nuestro corazón. Cuidanos.</i>
<i>Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.</i>	<i>Enseñanos a abrir cada día nuestro corazón al prójimo, compartiendo lo que tú nos das y perdonando a los que nos ofenden. Danos, Padre, la dosis de amor que necesitamos cada día.</i>
<i>No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal.</i>	<i>No mires, por favor, nuestros pecados; líbranos de nuestra autosuficiencia y protégenos</i>

	<i>del poder del mal que nos amenaza.</i>
--	---

DIOS NO ES ALGUIEN DESCONOCIDO Y LEJANO, SINO ALGUIEN CON QUIEN PODEMOS RELACIONARNOS. Es lo que nos enseñó Jesús con el Padrenuestro.

La oración, nos previene Jesús, no ha de ser una exhibición ante los hombres; requiere esa discreción que es esencial en una relación de amor, lo que no excluye la oración comunitaria. El Padrenuestro es una oración en primera persona del plural.

Tampoco es oración la palabrería, la verborrea. Rezamos más cuando pedimos algo a Dios aquejados por una pena interior o cuando le agradecemos con corazón jubiloso un bien recibido, pero LO MÁS IMPORTANTE, por encima de tales situaciones momentáneas, es QUE LA RELACIÓN CON DIOS PERMANEZCA EN EL FONDO DE NUESTRA ALMA. Para que esto ocurra, hay que avivar continuamente dicha relación y referir siempre a ella los asuntos de la vida cotidiana. Rezaremos tanto mejor cuanto más profundamente esté enraizada en nuestra alma la orientación hacia Dios. Esta orientación que impregna toda nuestra conciencia, a la presencia silenciosa de Dios en el fondo de nuestro pensar, meditar y ser, nosotros la llamamos «oración continua».

Esta “oración continua” necesita ser alimentada por la oración que se expresa con palabras, imágenes y pensamientos; y lo mismo se puede decir a la inversa: la oración activa hace realidad y profundiza nuestro estar con Dios.

Esta oración debe brotar de nuestro corazón, de nuestras penas, esperanzas, alegrías, sufrimientos; de la vergüenza por el pecado y de la gratuidad por el bien. Es una oración personal pero que necesita del apoyo de la oración de toda la Iglesia. En la oración aprendemos a conocer a Dios y a conocernos a nosotros mismos, al tiempo que ayuda a cambiar nuestra vida.

En Mateo Jesús enseña el Padrenuestro a sus discípulos en el contexto del Sermón de la Montaña. Es expresión de lo que Jesús pensaba y de cómo era su relación y diálogo personal con el Padre.

ESTRUCTURA DEL PADRENUESTRO EN MATEO

Consta de una invocación inicial y siete peticiones. Tres de éstas se articulan en torno al «Tú» y cuatro en torno al «nosotros».

LAS TRES PRIMERAS SE REFIEREN A LA CAUSA MISMA DE DIOS EN LA TIERRA y tienen por contenido la iniciativa salvadora de Dios. Son un pedido y al mismo tiempo deseo de que Dios realice su proyecto. La traducción correcta sería formularlas de forma activa:

- *SANTIFICA TU NOMBRE, es decir, muestra quién eres, el único santo y salvador. Pedimos a Dios que manifieste su grandeza y santidad, de modo que todos vean quién es y le reconozcan como su Dios.*
- *VEN A REINAR, a establecer tu señorío, el que prometiste a Israel y a la humanidad por los profetas. Pedimos a Dios que haga explícito, ya ahora, el Reino de Dios.*
- *REALIZA TU VOLUNTAD, tu designio de transformar nuestra tierra en tu cielo y transfórmanos según el proyecto que tienes para nosotros.*

LAS CUATRO SIGUIENTES TRATAN DE NUESTRAS ESPERANZAS, NECESIDADES y DIFICULTADES (NOSOTROS). Es el realismo del Reino:

- *NECESITAMOS EL PAN y experimentamos cómo Dios nos cuida.*
- *NECESITAMOS SU PERDÓN y Él nos perdona siempre.*
- *NECESITAMOS SER LIBRADOS DE LA TENTACIÓN y él nos protege de ella. La peor es la desesperanza, que surge al no ver los resultados que esperamos de nuestro trabajo por el Reino.*

En el Padrenuestro lo que pedimos nos implica:

- *PEDIR PERDÓN A DIOS implica estar dispuestos a perdonar y hacerlo.*
- *DESEAR QUE DIOS SE MANIFIESTE nos compromete a hablar de Él y comunicar la Buena Noticia*
- *PEDIR QUE SE HAGA SU VOLUNTAD (que reine), implica dejar que la haga (que reine) en nosotros, es decir, vivir en obediencia subordinando todos nuestros proyectos al suyo.*

- *PEDIR EL PAN QUE NECESITO* implica solidaridad con quienes lo necesitan como yo y compartirlo. Lo pido para cada día porque es don y confío en que lo tendré mañana. Acumular sería asegurarse el futuro, no confiar en la Providencia.
- *PEDIR PERDÓN AL PADRE* implica perdonar al prójimo. “Como nosotros perdonamos...”, decimos. Lo hacemos porque así nos lo enseñó Jesús, para vivir reconciliados: es el Reino.
- *NOS SENTIMOS DÉBILES E, INCLUSO, SUPERADOS POR LA TENTACIÓN.* La peor es la desesperanza, porque no vemos los resultados que esperamos de nuestro trabajo por el Reino. En verdad, buscamos demasiado nuestro protagonismo, cuando de lo que se trata es de hacer la voluntad de Dios (obediencia) de darle paso a él, de dejarle hacer a él. De otro modo seríamos nosotros los protagonistas, substituyendo a Dios. No es lo mismo actuar desde nosotros que desde la iniciativa de Dios.

Rezamos, pero desde nuestra debilidad, por eso:

El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables y Dios, que penetra los corazones, conoce los pensamientos del Espíritu y que lo que pide para los creyentes es lo que Dios quiere (Rom 8,26-27).

Recorremos y meditamos con calma cada una de las invocaciones del Padrenuestro

PADRE NUESTRO, QUE ESTÁS EN EL CIELO

Solo Jesús puede llamar a Dios “Padre”. A los demás se nos concede porque, gracias al Hijo, somos hijos de Dios y hemos recibido su Espíritu.

PADRE. ¿ES DIOS MADRE?

La oración de Jesús comienza llamando a Dios “Padre”. ¿Qué significa esta palabra? El Padre fue para Jesús la fuente de todo bien y en él se nos ha manifestado su amor, llegando hasta el extremo (cf. Jn 13,1) e invitándonos a ser sus “hijos”.

En el Padrenuestro pedimos diversas cosas: el pan, el perdón, la protección contra el mal, pero el mayor don que le pedimos a

Dios y que él nos da, es él mismo. Así, lo más importante no es esto o aquello, sino que DIOS SE NOS QUIERE DAR. Este es el don de todos los dones, porque es lo “único necesario” (cf. Lc 10,42). Lo que necesitamos de verdad, es a Dios y a su Espíritu”.

Llamamos a Dios Padre porque somos sus hijos, pero de forma dinámica, en cuanto que somos más hijos cuanto más estemos en comunión con Cristo. Ser hijo equivale a seguir a Jesús, de modo que se haga realidad el “Todo lo mío es tuyo” (Jn 17,10 y Lc 15,31). Ser hijos no significa dependencia, sino participar de su misma vida.

¿Es madre Dios? Las referencias en el Antiguo Testamento a la maternidad de Dios son abundantes:

Como a un niño a quien su madre consuela, así os
consolaré yo (Is 66,13).

¿Puede una madre olvidarse de su criatura, no
conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella
se olvide, yo no te olvidaré (Is 49,15).

Sin embargo, nunca la Biblia se refiere a Dios como madre. En la Biblia madre es una imagen, pero no un título para Dios. Dios no es ni hombre ni mujer, sino Dios, creador de ambos.

NUESTRO

Solo Jesús podía decir a Dios “Padre mío”, pues solo él lo es de derecho. Nosotros tenemos que decir “Padre nuestro”, pues solo en comunión con él nos convertimos en “hijos de Dios”.

Esto nos exige salir de nuestro “yo”, entrar en comunión con los demás hijos de Dios, dejar lo que nos separa y abrirles nuestros oídos y nuestro corazón. Con la palabra “nosotros” decimos “sí” a la Iglesia, el nuevo pueblo de Dios.

Así, EL PADRENUESTRO ES UNA ORACIÓN MUY PERSONAL Y, AL MISMO TIEMPO, PLENAMENTE ECLESIAL. Rezamos con todo nuestro corazón, pero a la vez en comunión con la familia de Dios, vivos y difuntos, personas de toda condición, cultura o raza.

QUE ESTÁS EN EL CIELO

No indica que Dios está lejos, sino que procedemos de él, aunque tengamos padres terrenos:

*No llaméis padre vuestro a nadie en la tierra,
porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo (Mt 23,9)*

*DIOS ES MÁS PADRE QUE NUESTRO PADRE porque venimos de él,
porque nos ha pensado y querido desde la eternidad y nos destina
a vivir en su casa. "CIELO" SIGNIFICA LA ALTURA DE DIOS, DE LA QUE
VENIMOS Y HACIA LA QUE NOS ENCAMINAMOS. Y no solo "yo" como
persona, sino "nosotros", expresión que derriba muros y nos une.*

SANTIFICADO SEA TU NOMBRE

*Con estas palabras le decimos a Dios que ha llegado la hora de
que se manifieste y le pedimos que muestre SU VERDADERA
IDENTIDAD, QUE SE REVELE AL MUNDO COMO EL ÚNICO SANTO Y
SALVADOR, y que sea reconocido como tal y respetado por todos los
hombres en todos los tiempos y lugares.*

*En el episodio de la zarza, Moisés pregunta a Dios cuál es su
nombre y este le responde: "YO SOY EL QUE SOY", con lo que viene a
decir que es realmente Dios, no como los otros, que no lo son. ESTO
ES LO QUE SIGNIFICA LA PALABRA YAHVÉ.*

*Al decir quién es, Dios establece una relación entre Él y
nosotros. Hace que lo podamos invocar y relacionarnos con él. Se
ha hecho accesible y, por ello, también vulnerable, al asumir el
riesgo que supone toda relación. Nunca le será fácil a Dios su
relación con nosotros, ni durante el Antiguo Testamento ni en el
Nuevo, cuando Jesús sufrirá el rechazo de los hombres.*

*Pedir que el nombre de Dios sea santificado es lo contrario de
lo que solemos hacer los humanos cuando nos apoderamos y
utilizamos el nombre de Dios para nuestros fines, abusando de él y
desfigurando su imagen. Cuanto más Dios se entrega y se pone en
nuestras manos, tanto más oscurecemos nosotros su luz y falseamos
su imagen.*

VENGA A NOSOTROS TU REINO

*Con esta petición reconocemos, en primer lugar, que Dios es
esencial en la vida del hombre y en todo lo que hace, de modo que
donde Él no está, nada puede ser bueno ni salir bien. Cuando el
hombre abandona a Dios decae y decae también el mundo.*

Esta invocación nos hace recordar el «BUSCAD ANTE TODO EL REINO DE DIOS Y SU JUSTICIA; LO DEMÁS SE OS DARÁ POR AÑADIDURA» (Mt 6, 33), palabras que establecen el orden de prioridades adecuado para el ser humano en su vida diaria. “REINO DE DIOS” QUIERE DECIR “SOBERANÍA DE DIOS”, y esto implica que deseamos que su voluntad prevalezca entre los humanos y le pedimos que nos enseñe a saber priorizar lo suyo en nuestro obrar.

Para que Dios reine en nuestras vidas y en el mundo, lo primero y esencial es un corazón dócil.

A partir de Jesús esta petición se hace aún más concreta. Al ser Jesús el Reino de Dios en persona, pedimos la comunión con él, que le sigamos y seamos cada vez más «uno» con Él (cf. Ga 3, 28), que la vida de Jesús, que es el Reino, continúe en los suyos.

Pedir el Reino significa decir a Jesús: ¡HAZNOS TUYOS, SEÑOR! EMPÁPANOS, VIVE EN NOSOTROS; reúne en tí a la humanidad dispersa para que en tí todo quede sometido a Dios para que «Dios sea todo para todos» (1 Co 15, 28).

HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

Con esta expresión pedimos que suceda en la tierra lo que ya es una realidad en el cielo, que queremos que la voluntad de Dios se convierta en el criterio de nuestro vivir, también en el mundo.

LA ESENCIA DEL CIELO ES VIVIR SEGÚN LA VOLUNTAD DE DIOS. La tierra se convierte en «cielo» en la medida en que en ella también se cumple su voluntad, y es solamente «tierra», polo opuesto del cielo, en la medida en que se sustrae a ella.

El hombre puede, en lo más íntimo de sí mismo, conocer la voluntad de Dios, pues fue creado a su imagen, pero esta, aunque nunca se extingue del todo, suele quedar cubierta y enterrada por otros intereses y amenazada de ser sofocada. Por eso Dios nos ha hablado y enseñando a lo largo de la historia a través de la revelación bíblica, hasta llegar al momento culminante con Jesús.

La voluntad de Dios no es algo impuesto al hombre desde fuera, sino lo que responde a nuestra esencia, nos introduce en la verdad más honda de nuestro ser y nos plenifica. Jesús hizo consistir su vida en hacer la voluntad de Dios, su Padre. Toda su existencia se resume en las palabras: “AQUÍ ESTOY PARA HACER TU

VOLUNTAD” (SAL 40 (39); “MI ALIMENTO ES HACER LA VOLUNTAD DEL QUE ME ENVIÓ” (JN 4,34). Es lo que expresó en Getsemaní:

«Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú».
«Padre, si no es posible que pase sin que yo lo beba, hágase tu voluntad» (Mt 26, 39.42).

DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA

Esta petición nos parece la más «humana» de todas: el Señor, que orienta nuestra mirada hacia lo esencial, a lo «único necesario»: el Reino, conoce bien nuestras necesidades terrenales y las tiene en cuenta. Él, que nos dice: «NO ESTÉIS AGOBIADOS POR LA VIDA PENSANDO QUÉ VAIS A COMER» (Mt 6, 25), nos invita no obstante a pedir los medios para vivir, que tanto nos preocupan.

El pan es «fruto de la tierra y del trabajo del hombre», pero SI NO RECIBE EL SOL Y LA LLUVIA LA TIERRA NO DA FRUTO. Esta dependencia, que se nos escapa, nos hace superar la tentación del orgullo, de pensar que podemos darnos la vida por nosotros mismos o sólo con nuestras fuerzas. El orgullo nos hace violentos y fríos y termina por destruir la tierra. Podemos y debemos pedir: si los padres dan cosas buenas a sus hijos cuando las piden, Dios no nos va a negar los bienes que sólo Él puede dar (cf. Lc 11, 9-13).

Oramos en la comunión de los discípulos, de los hijos de Dios, y, al tiempo que le pedimos “nuestro” pan, recordamos también las palabras de Jesús, que nos dice: “DADLES VOSOTROS DE COMER”.

Orar supone ser conscientes de nuestra pobreza de criaturas que no podemos darnos vida a nosotros mismos, y de discípulos seguidores de Jesús que, por la fe, hemos renunciado al mundo, sus riquezas y halagos y sólo pedimos lo necesario para vivir.

Con razón pide el discípulo lo que necesita para vivir un solo día, pues QUIEN CONFÍA NO SE PREOCUPA POR EL MAÑANA. Tampoco pide vivir mucho tiempo, pues desea y espera el Reino de Dios y pide que llegue pronto. En la Iglesia ha de haber siempre personas que lo abandonan todo para seguir al Señor; personas que confían radicalmente en Dios, en su bondad que nos alimenta; personas que de esta manera ofrecen un testimonio de fe que nos rescata de la frivolidad y de la debilidad de nuestro modo de creer.

Pedir el pan de cada día expresa también LA SOLIDARIDAD DEL DISCÍPULO CON LOS POBRES DEL MUNDO, porque el discípulo, consciente de su pobreza (1ª Bienaventuranza), se compromete en la lucha contra la misma: “dichosos los que tienen hambre y sed de justicia...” (4ª Bienaventuranza).

La petición del pan de cada día, sólo para hoy, nos conecta con los cuarenta años de marcha por el desierto, en los que el pueblo de Israel vivió del maná, del pan que Dios le mandaba del cielo. Cada uno podía recoger sólo lo que necesitaba para ese día. Sólo al sexto día podía acumular una cantidad suficiente para dos días (cf. Ex 16, 16-22). La comunidad de discípulos, que vive cada día de la bondad del Señor, renueva la experiencia del pueblo de Dios en camino, que era alimentado por Dios en el desierto, al tiempo que expresa su seguimiento radical de Jesús renunciando a los bienes de este mundo por los eternos, más importantes que estos:

No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haced tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón (Mt 6,19-20).

PERDONA NUESTRAS OFENSAS, COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN

La superación de la culpa es una cuestión central en toda existencia humana. La ofensa provoca represalia; se forma así una cadena de agravios en la que el mal crece de continuo y se hace cada vez más difícil de superar. Con esta petición el Señor nos dice: la ofensa sólo se puede superar mediante el perdón, no a través de la venganza. Dios es un Dios que perdona porque ama a sus criaturas; pero el perdón sólo puede penetrar, sólo puede ser efectivo, en quien a su vez perdona.

El tema del perdón aparece continuamente en todo el Evangelio. Un ejemplo:

«Si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra tí, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete

primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda» (Mt 5, 23s).

No se puede presentar ante Dios quien no se ha reconciliado con el hermano; reconciliarse con él, salir a su encuentro, es una condición previa para dar culto a Dios correctamente.

En Mt 18,23-35 se encuentra la parábola del siervo despiadado. En ella se ve la relación que existe entre el perdón que Dios nos concede y el que nosotros concedemos a los demás. No puede existir uno sin el otro. A este siervo despiadado el rey le había perdonado la increíble deuda de diez mil talentos; pero luego él no quiso perdonar la deuda, ridícula en comparación, de cien denarios que le debían. Cualquiera cosa que perdonemos es siempre bien poco si comparada con la bondad de Dios que perdona a todos.

De perdón es también la última petición de Jesús desde la cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34).

¿Qué es realmente el perdón? ¿Qué ocurre en él? La ofensa es una realidad, una fuerza objetiva que causa destrucción y que se ha de remediar, por eso el perdón es algo más que ignorar o tratar de olvidar. La ofensa tiene que ser subsanada, reparada y, así, superada. El perdón cuesta, ante todo al que perdona, que tiene que superar en su interior el daño recibido, debe como que cauterizarlo y con ello renovarse a sí mismo, de modo que luego este proceso de transformación y purificación interior alcance también al culpable, y así ambos, sufriendo hasta el fondo el mal y superándolo, salgan renovados.

Pero en este proceso nos encontramos con nuestros límites para curar y superar el mal. Nos encontramos con la prepotencia del mal, que no conseguimos dominar sólo con nuestras fuerzas.

Para poder perdonar es esencial haber tenido antes la experiencia de haber sido perdonados, por eso el perdón nos recuerda a Aquel que, por perdonarnos, descendió a las miserias de la existencia humana y a la muerte en la cruz y nos invita, ante todo, a agradecerle lo que ha hecho con nosotros, y después a enmendar con Él, el mal mediante el amor.

NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN

Jesús fue tentado por el diablo en el desierto y venció la tentación (Mt 4,1-11). En su vida y en su muerte, Jesús “descendió a los infiernos”, al ámbito de nuestras tentaciones y fracasos para tomarnos de la mano y llevarnos hacia arriba:

Como él ha pasado por la prueba del dolor, puede auxiliar a los que ahora pasan por ella (Hb. 2, 18).

No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo exactamente como nosotros, menos en el pecado (Hb. 4, 15).

Conviene distinguir entre prueba y tentación. La primera viene de Dios, la segunda del maligno. Para madurar y pasar de una religiosidad de apariencia a una profunda unión con la voluntad de Dios, el hombre necesita la prueba. Igual que el zumo de la uva tiene que fermentar para convertirse en vino de calidad, el hombre necesita pasar por purificaciones que pueden ser peligrosas y en las que puede caer, pero que son el camino indispensable para llegar a sí mismo y a Dios. El camino hacia la madurez del amor es siempre un proceso de purificación, de renunciadas y transformaciones dolorosas en nosotros mismos.

Con la sexta petición del Padrenuestro decimos a Dios: «Sé que necesito pruebas y tentaciones para purificarme, pero no olvides lo limitado que mis fuerzas. Establece unos límites que no sean excesivos, dentro de los cuales puedo ser tentado, y mantente cerca con tu mano protectora cuando la prueba sea desmedidamente ardua para mí», en la certeza confiada de que:

*«Dios es fiel y no permitirá que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas; al contrario, con la tentación os dará fuerzas suficientes para resistir a ella»
(1 Co 10, 13).*

Tanto la prueba como la tentación son muy útiles para atenuar nuestra soberbia al hacernos experimentar la pobreza de nuestra fe, esperanza y amor, y enseñarnos a no presumir de ser grandes por nosotros mismos, como el fariseo que se enaltece ante Dios y no siente necesidad de la gracia (Lc 18,9-14).

Algunas personas, las más cercanas a Dios, sufren una carga especialmente pesada de tentaciones, al modo de Job y de los grandes santos. Están, de un modo muy especial, en comunión con Jesucristo, que ha sufrido hasta el fondo nuestras tentaciones. Y algunas son llamadas al “sufrimiento vicario”, es decir, a tomar sobre ellos el peso de nuestros pecados, como hizo Jesús.

Y LIBRANOS DEL MAL

La última petición del Padrenuestro vuelve a la penúltima y la pone en positivo, mostrando que hay una estrecha relación entre ambas. Si en la penúltima predominaba el «no» (“no nos dejes caer...”), en la última invocamos al Padre diciéndole: «¡Sálvanos, líbranos!». Pedimos, al fin y al cabo, la redención.

La expresión «el mal» puede referirse al «mal» impersonal o al «Maligno». Ambos significados son inseparables. A este respecto, recordamos al dragón del que habla el Apocalipsis (cf. Cap. 12 y 13). Juan caracteriza a la «bestia» que vio «salir del mar», de los oscuros abismos del mal, con los distintivos del poder político romano, que era la amenaza que los cristianos de entonces veían venir sobre ellos como un poder ilimitado capaz de devorarlos. A esto se unía un desorden moral y una forma cínica de escepticismo y de racionalismo. Ante esta amenaza, el cristiano perseguido invoca al Señor, el único que puede salvarlo: redímenos, líbranos del mal.

Aunque ya no existe el imperio romano ni sus ideologías, ¡qué actual resulta todo esto! También hoy aparecen, por un lado, los poderes del mercado, del tráfico de armas, de drogas y de personas, que son un lastre para el mundo y arrastran a la humanidad hacia ataduras de las que no nos podemos librar. Por otro lado, se presenta hoy la ideología del éxito, del bienestar, que nos dice: Dios es tan sólo una ficción que nos hace perder tiempo y nos quita el placer de vivir. ¡No te ocupes de Él! ¡Disfruta de la vida todo lo que puedas! También estas tentaciones parecen irresistibles.

El Padrenuestro en su conjunto, y esta petición en concreto, nos quieren decir: cuando hayas perdido a Dios, te habrás perdido a tí mismo; entonces serás tan sólo un producto casual de la evolución y habrá triunfado realmente el «dragón». Pero mientras permanezcas en Dios, a pesar de no poder arrancar de tí y del

mundo el mal que te acecha, y de las desventuras que te amenazan, permanecerás íntimamente sano.

El mal, sobre todo cuando nos alcanza con todo su poder nos sobrepasa. No podemos enfrentarlo a pecho descubierto porque nos destruye. Por eso pedimos a Dios que nos libre de él, para no perderle a él, el Bien mismo. Que no nos perdamos: ¡líbranos del mal!

Los mártires poseían la certeza de que Dios es más fuerte que el poder del mal, y esa certeza les sostenía, les hacía estar alegres y sentirse seguros en un mundo lleno de calamidades. Lo expresa muy bien San Pablo:

«Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?... ¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo? ¿La aflicción, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?... Pero en todo esto venceremos fácilmente por aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna, podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rm 8, 31-39).

Los orantes de todos los tiempos han interpretado la petición “líbranos del mal” en un sentido más amplio y, en medio de las tribulaciones del mundo pedían también a Dios que pusiera límites a los «males» que asolan el mundo y nuestra vida.

CONCLUSIÓN

Concluye aquí el comentario de Benedicto XVI al Padrenuestro, que hemos enriquecido con algunas otras aportaciones, al que hemos añadido un anexo que muestra la concreción de la última expresión del mismo: “Líbranos del mal”, en la vida de cada día.

¡Ojalá cada vez que recemos el Padre Nuestro vayamos calando, un poco más, en su hondura infinita!

A continuación, como anexo, podéis leer el texto: “LÍBRANOS DEL MAL”. ÚLTIMA PETICIÓN DEL PADRENUESTRO HECHA DESDE DISTINTAS SITUACIONES CREYENTES (Mt 6,13b).

Nuestro próximo comentario estará dedicado a los milagros de Jesús, tema antiguo y siempre actual, exactamente por romper nuestros esquemas. ¿Cómo podemos aceptar hoy, desde nuestra mentalidad moderna, la historicidad de estos relatos? Son, según defienden algunos, textos que habría que purgar en la Biblia (como también tantos otros que nos incomodan). ¿Es así?

Trataremos el tema en dos momentos: primero situaremos la cuestión de los milagros para después repasar los diez milagros que se describen en Mt 8-9 (lo que se prolongará en un comentario posterior)

Nos despedimos por hoy. Hasta pronto.

Un abrazo fraterno.

Carlos Rey